

Bradford Morrow

Los falsificadores

Traducción del inglés de
Julia Osuna Aguilar

 Siruela

Nuevos Tiempos Policiaca

Para Cara Schlesinger y Otto Penzler.

La verdad histórica, para él, no es lo que sucedió; es lo que juzgamos que sucedió.

JORGE LUIS BORGES,
«Pierre Menard, autor del Quijote»

¿Qué sentido tiene todo esto, Watson? Tiene que existir alguna finalidad, pues de lo contrario significaría que el universo se rige por el azar, lo cual es inconcebible. Pero ¿cuál puede ser esa finalidad? He aquí el eterno gran problema que la razón humana se encuentra tan incapaz como siempre de resolver.

ARTHUR CONAN DOYLE,
«La aventura de la caja de cartón», trad. de J. M. Ibeas

No llegaron a encontrar las manos. Se pasaron días y semanas batiendo el ventoso litoral al sur de la autovía de Montauk, desplegándose por los helados matorrales que lindan con las dunas, peinando kilómetros de costa en busca de una sepultura improvisada donde hubieran podido enterrarlas. Tales esfuerzos, sin embargo, se vieron entorpecidos por las escasas horas de luz y los aguaceros de febrero, que borraron todo lo que podían haber revelado las alteraciones en la arena y la tierra medio congelada. Especulando con que la marea podía haberlas atraído hacia el rompeolas si el atacante las había lanzado al oleaje revuelto, inspeccionaron el bajío aprovechando la bajamar; en el supuesto de que el agua salada no hubiera limpiado las uñas, cabía la posibilidad de que alojaran pruebas forenses, sobre todo si había habido forcejeo con el agresor, tal y como hacía sospechar el caos del lugar de los hechos. Así y todo, la búsqueda no arrojó resultado alguno. Cualquiera diría que las manos se hubieran unido por las muñecas convirtiéndose en un par de alas, hubieran echado a volar y se hubieran perdido sobre las aguas grises del Atlántico.

El pobre desdichado sobrevivió diez días en la unidad de cuidados intensivos del hospital neoyorquino donde fue trasladado por voluntad de su hermana. Alternando entre estados de consciencia y, sobre todo, inconsciencia, no logró hablar ni con su hermana ni con la policía porque el mismo que le había arrebatado las manos antes lo había golpeado en la nuca con una precisión brutal —mientras trabajaba tranquilamente en su mesa,

como tenía por costumbre hacer a solas antes del amanecer— y lo había dejado inconsciente en un charco de sangre coagulada sobre el suelo de su chalé en primera línea de playa.

Al parecer, el intruso había sido o muy diestro en su truculenta misión o extremadamente afortunado. La puerta no presentaba señas de haber sido forzada. El rodillo de mármol empleado para partirle la crisma a la víctima pertenecía al chalé. No se encontraron ni pisadas ni huellas dactilares. Tampoco habían robado ni objetos de valor, ni dinero ni joyas. En el escritorio se encontró intacto un viejo Patek Philippe modelo Calatrava que había heredado de su padre y que seguía marcando los minutos plácidamente. Por lo demás, como el altercado se produjo antes del amanecer, los vecinos no habían visto nada fuera de lo normal bajo la escasa luz, gris y apagada para más inri, que el día de principios de invierno había tenido a bien desplegar. Al igual que las manos, el intruso también parecía haberse evaporado tras su acto de barbarie. Nadie había visto nada sospechoso, ni entre los corredores habituales que a primera hora de la mañana trotan en bandadas, playa arriba playa abajo, haga el tiempo que haga, ni entre quienes pasean a sus perros con cara de sueño y abrigados contra el relente. Tampoco nadie en las inmediaciones había visto interrumpido su sueño por gritos o chillidos, con el siseo y el estrépito continuo de las olas ahogando todo ruido, en el caso de haberse producido. Para colmo de males, las ventanas de todos los flancos de la casa se encontraban cerradas y las cortinas, completamente corridas.

Cuando el cartero paró en la casa, una de las primeras de su ronda diaria, para entregar un paquete más de los muchos que llegaban a ese domicilio desde todas partes del mundo, se encontró con la puerta de la calle entornada, circunstancia que le extrañó, dado el frío que hacía. Con los años, si no una amistad, sí que había establecido con la víctima una relación más que cordial; de ahí que, después de llamar primero en voz baja y luego más alto en repetidas ocasiones, y de entrar con paso inseguro y tembloroso al vestíbulo —siempre había esperado no tener que encontrarse con nada así, y menos que le pasara a alguien conocido—, le resultara aún más insoportable la visión del cuerpo que

encontró en la otra punta del chalé. Para cuando la ambulancia y varios coches patrulla se detuvieron en el estrecho carril que desembocaba en la casa, dinamitando la paz de aquel apartado vecindario como meteoritos estrellados contra un monasterio, el hombre sin manos seguía aferrándose, con firme propósito a falta de otra cosa, a la vida.

Lo más enigmático que descubrieron los detectives del caso en el lugar de los hechos fue un puñado de cartas escritas a mano y manuscritos de ilustres políticos y literatos de épocas pasadas, desperdigados en un auténtico caos por el estudio. El suelo también estaba lleno de libros raros, con las cubiertas abiertas de par en par como pájaros muertos y muchas de las páginas de la dedicatoria arrancadas de cuajo. Lincoln, Twain, Churchill, Dickens, valiosos documentos que habían pertenecido a Arthur Conan Doyle, todo diseminado junto con otras tantas decenas de cosas. La mayoría estaban malogrados, hechos añicos o manchados de sangre o de las tintas de una colección de tinteros antiguos que habían caído al suelo desde la vitrina donde estaban expuestos con primor. No fue fácil constatar si faltaba algún manuscrito o libro autografiado porque el coleccionista no parecía poseer ningún catálogo, y una consulta posterior a su aseguradora desveló que no estaban ni listados ni asegurados. Sin embargo, viendo que no se habían llevado ninguno de los muchos objetos de valor, como los libros en estuches que poblaban las paredes del estudio, prevaleció la tesis de que tampoco se había sustraído ninguna joya literaria. ¿Atendiendo a qué lógica habría destruido el atacante tanto material hológrafo de valor y robado otro tanto? No, todo apuntaba a que los delitos habían sido la destrucción deliberada de propiedad valiosa y una agresión severa con una más que probable intención homicida, no un mero robo.

Cuando Adam Diehl exhaló por fin su último aliento, se llevó con él a la tumba su relato del ataque: quién estaba detrás, cuál era el móvil de aquella barbarie. Aún hoy me duele reconocer que, dadas las circunstancias, su muerte fue, sí, una tragedia, pero también una bendición de los dioses, considerando la atroz vida, muda y postrada, que a buen seguro habría tenido que llevar en caso de sobrevivir a la agresión. Ni la lengua de signos ni

el habla, a tenor de los daños cerebrales causados por el trauma craneal, habrían estado a su alcance. Según su hermana Meghan, él siempre había sido un ermitaño, pero sin duda sus lesiones lo habrían aislado hasta privarlo de todo el placer que pudiera reportarle la vida asceta. No, desde luego era mucho mejor descansar en paz en un bonito cementerio bien cuidado que padecer el desgaste cotidiano de semejante invalidez. ¿Acaso la mariposa a la que un niño le arranca sin querer las alas no está mejor muerta, aplastada bajo su zapato, que abandonada en la hierba con la vista clavada en el cielo y sin alas con las que volar?

Meghan, con quien por entonces llevaba un par de años saliendo, me llamó para contarme la horripilante noticia. Sollozaba con tal histerismo que respiraba como a borbotones entrecortados y las palabras le salían en una dolorosa cascada fragmentada por la cobertura irregular del teléfono móvil. Por los gritos de niños jugando que oí al fondo —¿qué hacían que no estaban en el colegio?—, comprendí que había salido de la librería donde trabajaba en busca de mayor intimidad, dentro de lo que cabía, en las inmediaciones de Tompkins Square. No sabiendo qué decir, callé sin más y me limité a escuchar a mi amada Meg explicar lo que ella sabía sobre lo ocurrido. Recuerdo la sensación de entumecimiento y desubicación, solo ante la mesa de la cocina, pero deseando con todas mis fuerzas poder estar con ella en ese momento, limpiándole las lágrimas a besos y abrazándola con fuerza contra mí.

Divorciada y de carácter dulce, Meghan era una mujer nada pretenciosa, incluso campechana, con un pelo rojo fuego, que, rozando ya la cuarentena, aparentaba tranquilamente diez años menos. Regentaba una librería de segunda mano en el East Village especializada en sus dos mayores áreas de interés, el arte y la gastronomía. La vida le había enseñado pronto a ser independiente cuando, antes de los diez años, los dos hermanos perdieron a sus padres —un accidente de navegación en las aguas de Montauk, donde la familia tenía la casita en la playa de la que más tarde se apropió Adam como retiro de estudio— y se fueron a vivir a Manhattan con una tía bibliófila. Esos años les hicieron confraternizar de una manera fuera de lo común, buscando

apoyo y compañía en el otro y actuando cómplicemente delante de su tutora beoda, a la vez que creaban un mundo infantil propio que, durante muchos años, no tuvo más de dos habitantes. Aunque Adam era el mayor, Meghan siempre había sido la más extrovertida, y en cierto modo protegía a su hermano e incluso en ocasiones hacía las veces de madre. Generosa hasta el extremo, le dejó quedarse con la casa de Montauk y, tal y como fui comprendiendo, más de una vez le pagaba las facturas vencidas. Mientras me contaba los últimos detalles sobre lo que sabía de sus lesiones, me la imaginé en la plaza, andando sola entre los árboles pelados, bajo la fina llovizna de unos nubarrones morados, y no pude por menos que compadecerla.

—¿Adónde lo han llevado? —pregunté intentando mantener la calma por el bien de los dos.

—A las urgencias de un hospital de Southampton.

—O sea, que está vivo. Ya es algo, ¿no?

—Pero por muy poco. Está en estado crítico. Me han dicho que ha perdido mucha sangre... —Volvió a echarse a llorar.

Esperé unos segundos antes de preguntar:

—Meg, ¿cuándo ha pasado? ¿Saben quién ha sido?

—Esta... esta mañana —respondió.

Al ver que ignoraba mi segunda pregunta, asumí que le habrían dicho que no lo sabían, aunque también podía ser que en ese momento no fuera una prioridad para ella.

Como yo tenía coche, mientras que ella, como neoyorquina de pro, no tenía ni carné, me ofrecí a llevarla de inmediato al hospital. Tendríamos que alquilar uno porque tenía el mío en el taller, pero no suponía ningún problema, le aseguré.

—Dios, es que no sé si seré capaz de verlo... ¿Soy mala persona?

—Claro que no. Seguramente ni se entere de que estás ahí, con todo lo que le habrán metido por vena —le aseguré y añadí—: ¿Quieres que pase a recogerte?

—Sí, dentro de un rato —me dijo parando de golpe el llanto—. Eres muy amable, sobre todo sabiendo que mi hermano nunca te ha caído bien.

—Yo nunca he dicho tal cosa...

No conseguí añadir mucho más y, aunque en realidad en parte no le faltaba razón, he de admitir que me descolocó que me dijera algo así en tales circunstancias. Pero me recordé que estaba destrozada, superada por una noticia tan inesperada como sobrecogedora. Era fundamental no decir nada para evitar caer en una riña inútil y contraproducente. Lo que tenía que hacer no era contradecirla, sino hacerle saber que no estaba sola, que podía contar conmigo; al fin y al cabo, ella había sido un gran apoyo para mí en un trance de cuando aún no llevábamos tanto tiempo saliendo. Ahora me tocaba a mí.

—Ya verás como está bien. Siempre ha gozado de buena salud y eso juega a su favor. Hay gente que sobrevive a cosas peores —aventuré.

Al menos durante un tiempo la noticia de la agresión a Adam Diehl suscitó bastante interés en los círculos del libro raro, pese a no ser una figura de primera fila ni muy conocido entre el gremio. A todos les sobrecogió lo sucedido, horrorizados por que uno de los suyos, un colega bibliófilo, hubiera sido víctima de un ataque tan macabro. Por lo demás, a las preguntas típicas de los ajenos a la enrarecida comunidad literaria —¿quién ha sido?, ¿no se suponía que Montauk era un sitio muy seguro?— se sumaba un profundo interés por los libros en sí. ¿Quién podría querer destruir deliberadamente unos libros tan valiosos? ¿Quién sabía que el tal Diehl había amasado una colección tan extensa? ¿Y qué pasaría con los libros que no habían quedado destrozados? Aunque nadie me preguntó nada directamente, ni sobre el coleccionista ni sobre su biblioteca, mi relación con la hermana era *vox populi*, y sentía las preguntas sin formular tras las expresiones de condolencia y preocupación de mis colegas librereros.

Cuando a Adam lo trasladaron al hospital de Nueva York, sí que acompañé a Meghan en una ocasión antes de que falleciera. La angustia que sintió al verlo, con las muñecas y la cabeza llenas de vendas y encadenado a un impresionante despliegue de maquinaria, me provocó un mosaico de reacciones contrapuestas. Como a cualquiera, me angustiaron la pena y el miedo de mi pareja y me horrorizó ver a su hermano allí postrado en semejante estado, indefenso en aquella UVI (que con tantas luces parecía

una feria, y no muy aséptica que digamos). A pesar de haberme descrito sus lesiones con detalle, no había esperado encontrarlo en aquellas condiciones: me lo imaginaba gravemente lisiado, no en peligro de muerte. Aun así, como seguía resentido por el incómodo comentario sobre mi relación con su hermano, me vi en la poco envidiable situación de tener que simular que estaba más afectado por su estado de lo que sentía, por mucho que me avergüence reconocerlo. No me importa admitir que, tras mis expresiones de preocupación afectuosa, se enmascaraba una suerte de parálisis emocional y melancólica. A ninguna persona civilizada le gusta ver sufrir al prójimo y, pese a los defectos que pueda tener, me considero un hombre civilizado. En resumidas cuentas, fue una vigilia lastimosa y yo hice lo que pude por estar a la altura.

—Adam —susurró Meghan rompiendo el infeliz silencio de la habitación.

Se acercó al rostro medio oculto por las vendas; con aquellos moratones bajo los ojos parecía no haber dormido en un año, mientras que la nariz aquilina le confería cierto aire de dignidad en medio del estropicio. Me fijé por primera vez en lo parecidos que tenían los hermanos los apéndices nasales.

—Adam, cielo, estoy aquí —prosiguió—. Tú puedes. Estamos todos contigo.

No respondió... porque ¿acaso podía?

Al ver que Meghan me miraba de reojo y señalaba a su hermano como invitándome a decirle unas palabras de aliento, mi entumecimiento se tornó en una compasión aún más aguda por ella. Parecía inevitable: iba a quedarse sola en este mundo —la tía que los había criado había muerto más o menos por la época en que empezamos a salir— y pronto yo constituiría para ella lo más parecido a una «familia».

Siguiendo con el ejemplo, le susurré:

—Adam, si me oyes, te reitero lo dicho por Meghan. Aquí estás en buenas manos, en las mejores. Aguanta un poco...

En ese momento medio abrió los ojos, hasta entonces cerrados, y giró la cabeza un doloroso centímetro hacia mí sobre la almohada.

— ¿¡Adam?! — exclamó Meghan con una voz llena de esperanza.

— Voy a buscar a alguien — le dije y salí precipitadamente de la habitación.

Para cuando regresé un minuto después seguido por la enfermera de día que tenía asignada, había vuelto a sumirse en un semicoma y Meghan le acariciaba la cara, impasible una vez más a todo estímulo. De camino a la calle, me hizo partícipe de la sorpresa que le había provocado la reacción de su hermano a mi presencia.

— Parece que ha reconocido más tu voz que la mía — comentó en un tono ligeramente quejoso.

— Ya te lo he dicho antes, que no creo que pueda realmente reconocer a nadie con todo lo que le han dado. A mí más bien me ha parecido que sentía de pronto un dolor insoportable.

— Sí, puede que tengas razón.

— Mira, yo me alegro de haber estado en ese momento para ayudar en lo que hemos podido. Eso es lo más importante.

— Sí, yo también — coincidió y me pasó el brazo por la cintura—. Me alegro de que hayas venido conmigo.

— Bueno, pero se acabaron esas historias de que no me cae bien tu hermano, ¿vale?

— Siento haberlo dicho. Te lo prometo, no lo volveré a hacer.
— Me abrazó con más fuerza.

Adam murió a los pocos días. Aunque Meghan fue a ver a su hermano todas las mañanas y todas las tardes, me avergüenza admitir que, tras aquella primera visita, tenía siempre excusas legítimas preparadas para no volver al hospital. Compensé lo reprochable de mi ausencia poniendo todas mis energías en ayudarla a organizar la incineración y el entierro. Si bien ya teníamos una relación estrecha, en esa época nos unimos más que nunca. Se quedaba todas las noches a dormir en mi *loft* a la vuelta de Irving Place, cerca de Gramercy Park. Preparábamos tranquilamente la cena, yo en el papel de segundo chef mientras ella pasaba a la plancha unas vieiras una noche y asaba pato otra. Desvelados, compartíamos una botella de vino y veíamos viejas películas de ciencia ficción, como *Metrópolis* o *La isla de las almas perdidas*.

Hacíamos el amor con el fervor que solo puede inspirar en los vivos el trato cercano con la muerte. Nos aferramos a la vida aferrándonos el uno al otro, así de sencillo. Huelga decir que en esa fase de duelo *survivalista*, Adam siempre rondó nuestro pensamiento, con Meghan recordando momentos felices del pasado en común y yo escuchando atentamente, a sabiendas de que esas memorias eran su mejor herencia y, como tales, merecían mi respeto.

Los encargados del caso nos interrogaron a ambos por separado y, tras horas de preguntas tan agotadoras como degradantes, fuimos descartados como «personas de interés», expresión espantosa donde las haya. Me incomodó, por decirlo suavemente, que mostraran especial interés por mí; sin embargo, en cuanto se cercioraron de que yo había dormido en casa y no tenía ni móvil ni medios, me dejaron en paz y se fueron a seguir la pista de los escasos indicios que tenían. No fui el único al que citaron en comisaría, también interrogaron a varios miembros de la comunidad del libro raro, quienes al parecer aportaron coartadas creíbles. Cuando me preguntaron si conocía a tal vendedor o tal coleccionista, respondí sinceramente que sí y que los tenía a todos por personas sin tacha, por si pudiera servir mi opinión.

Entretanto, la prensa, que en un primer momento se había visto atraída por la mutilación y el homicidio de Adam Diehl, empezó a perder interés. Un tabloide local había llamado al crimen «la Masacre del Manuscrito». Pese al intento de aliteración, el sobrenombre no llegó a cuajar —¿desde cuándo a los lectores de tabloides les importan un comino los manuscritos literarios, por no hablar de los libros raros?— y la noticia pasó de estar prácticamente en portada a las páginas centrales, para más tarde abandonar las rotativas antes de lo que habría esperado yo o cualquiera del mundo del libro, por marginal que fuese.

Durante esa época, nos atrincheramos en nuestro propio mundo, y Meghan, que me impresionó enormemente por su capacidad de aguante, tuvo así la oportunidad de empezar su proceso de curación. Como cabría esperar, era recurrente entre nosotros el tema de quién podía haber querido hacerle daño a Adam, asesinarlo de esa manera, y Meghan siempre concluía que era más

que probable que el culpable fuera alguien a quien ni siquiera conocíamos.

—Él tenía su vida en Montauk —dijo con una resignación frustrada—. Por muy íntimos que fuéramos, seguro que había muchas cosas que no le contaba a su hermana pequeña.

Yo asentí pensando que jamás había oído palabras más certeras.